

El puerto de Mahón descrito por el Cardenal de Retz (1654)



Al tratar, en el capítulo XII de la Parte primera de nuestro *Compendio de Geografía e Historia de la Isla de Menorca*, de sus bellezas naturales hubimos de hacer mención de los conceptos, por demás lisonjeros, vertidos en sus *Memorias*, por el Cardenal de Retz al describir su visita a nuestro puerto.

Hoy nos complacemos en publicar íntegra aquella descripción, traduciéndola de la edición francesa que vió la luz, con autorización del Ministro de Instrucción Pública, en París, en 1843.

En las páginas 302 y 303 del tomo II de las citadas *Memorias*, se lee:

«(1654)—Partí (*de Mallorca*) el día 4 (*de Noviembre*) con viento fresco y favorable, recorriendo cincuenta leguas largas en doce horas, entrando felizmente, por la tarde, en Puerto-Mahón, que es el más hermoso del Mediterráneo. Su entrada es tan angosta que dudo que dos galeras a la vez puedan atravesarla vogando. Se ensancha subitamente formando un gran estanque oblongo de una media legua larga de anchura por una legua, también larga, de longitud. Una gran cordillera, que lo rodea por todas partes, lo convierte en un teatro que, por los muchos y altos árboles que la cubren y por los arroyos que la atraviesan en abundancia prodigiosa, ofrece mil y mil variadas escenas, mucho más sorprendentes, sin exageración alguna, que las que se presentan en la *Opera*. Esta misma cordillera, estos árboles y estas rocas ponen al puerto al abrigo de todos los vientos y aún durante las más grandes tempestades se le ve siempre en calma, como si fuera el pilón de una gran fuente, limpio y transparente como el mismo cristal. Tiene por todas partes la misma profundidad; los galeones de las Indias fondean a cuatro pasos de tierra. Para colmo de perfecciones este puerto se encuentra en la isla de Menorca que abastece mejor de carnes y demás vitua-

llas necesarias para la navegación que la isla de Mallorca de granadas, naranjas y limones».

«Tan pronto hubimos entrado en este puerto, el tiempo empeoró extraordinariamente obligándonos a permanecer en él cuatro días. Inútiles fueron las cuatro tentativas que hicimos para salir; nos lo impidió el fuerte viento. Don Fernando Carrillo, (*) hombre de grandes prendas personales, de veinticuatro años de edad, fino y cortés, procuró proporcionarme cuantas diversiones podían ofrecerse en tan ameno lugar. La caza, muy variada, es de las más hermosas del mundo y la pesca abundantísima. He aquí una pesca que me parece especial de Mahón. Llamó D. Fernando Carrillo a cien turcos de la *Chiourme*, les hizo alinear haciéndoles sostener un grueso cable; mandó a cuatro de estos esclavos que bajaran al fondo del mar y que ataran el extremo del cable a una gran piedra que fué arrastrada, a fuerza de brazos, junto a la orilla. Una vez conseguido rompiéronla a martillazos después de esfuerzos increíbles. En su interior encontraron siete u ocho conchas, algo más pequeñas que las ostras pero de un gusto muy superior, sin comparación alguna. Se las hizo cocer en su propio jugo; es comida deliciosa».

«Habiendo calmado el tiempo, nos hicimos a la vela para pasar el golfo de León».

Hablando, más adelante, de su llegada a la isla de Elba y de su visita a Porto-Longono y a Porto-Ferrare (página 306 y 307) dice:

«Os he dicho ya, anteriormente, que nada hay tan agradable en el teatro rústico de la Ópera como la escena del Puerto de Mahón; ahora puedo afirmaros también que nada hay tan pomposo en cualquiera de las magníficas representaciones que hayáis podido admirar como el espectáculo que presenta esta plaza de Porto-Ferrare».

Traducción de
F. Hernández Sanz

(*) D. Fernando Carrillo Quatralve Zuatra, general de las galeras de Nápoles (según escribe el propio Cardenal) le salió al encuentro en Vivaro, el día 15 de octubre de 1654, siendo portador de una carta de D. Juan de Austria en la que se le ofrecía escoger, para efectuar su viaje, entre la capitana de la Escuadra de Carrillo y una fragata de Dunkerque mandada por D. Cristóbal de Cardona.